

EL AMOR EN EL MATRIMONIO

Parte I: Nuestro amor cotidiano

Capítulo cuarto de la exhortación apostólica "Amoris Lætitia" del Papa Francisco

P. Miguel Paz LC



En el así llamado
himno de la
caridad escrito
por san Pablo,
vemos algunas
características
del amor
verdadero:

«El amor es paciente,
es servicial;
el amor no tiene envidia,
no hace alarde,
no es arrogante,
no obra con dureza,
no busca su propio interés,
no se irrita,
no lleva cuentas del mal,
no se alegra de la injusticia,
sino que goza con la verdad.
Todo lo disculpa,
todo lo cree,
todo lo espera,
todo lo soporta» (1 Co 13,4-7).



Paciencia: El amor es paciente

Se muestra cuando la persona no se deja llevar por los impulsos y evita agredir

Tener paciencia no es dejar que nos maltraten continuamente, o tolerar agresiones físicas, o permitir que nos traten como objetos.

El problema es cuando exigimos que las relaciones sean celestiales o que las personas sean perfectas, o cuando nos colocamos en el centro y esperamos que sólo se cumpla la propia voluntad.

Esta paciencia se afianza cuando reconozco que el otro también tiene derecho a vivir en esta tierra junto a mí, así como es.

*Actitud de
servicio: El
amor es
servicial*

Indica que el amor beneficia y promueve a los demás.

El amor no es sólo un sentimiento, sino que se debe entender en el sentido que tiene el verbo «amar» en hebreo: es «hacer el bien».

Nos permite experimentar la felicidad de dar, la nobleza y la grandeza de donarse sobreabundantemente, sin medir, sin reclamar pagos, por el solo gusto de dar y de servir.



*Sanando la
envidia: No
tiene envidia*

La envidia es una tristeza por el bien ajeno, que muestra que no nos interesa la felicidad de los demás, ya que estamos exclusivamente concentrados en el propio bienestar.

El verdadero amor valora los logros ajenos, no los siente como una amenaza.

Procura descubrir su propio camino para ser feliz, dejando que los demás encuentren el suyo.

Amo a esa persona, la miro con la mirada de Dios Padre, que nos regala todo «para que lo disfrutemos» (*1 Tm 6,17*).

Esta misma raíz del amor es lo que me lleva a rechazar la injusticia. Pero eso no es envidia, sino deseos de equidad.

*Sin hacer
alarde ni
agrandarse: No
hace alarde. No
es arrogante.*

La vanagloria es el ansia de mostrarse como superior para impresionar a otros con una actitud pedante y algo agresiva.

El arrogante “se hincha”: Se considera más grande de lo que es, porque se cree más «espiritual» o «sabio».

Algunos se creen grandes porque saben más que los demás, y se dedican a exigirles y a controlarlos, cuando en realidad lo que nos hace grandes es el amor que comprende, cuida, protege al débil.

Es importante que los cristianos vivan esto en su modo de tratar a los familiares poco formados en la fe, frágiles o menos firmes en sus convicciones.

En la vida familiar no puede reinar la lógica del dominio de unos sobre otros, o la competición para ver quién es más inteligente o poderoso, porque esa lógica acaba con el amor.

*Amabilidad: No
obra con
dureza*

El amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato.

La cortesía es una escuela de sensibilidad y desinterés, que exige a la persona cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar.

El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón.

Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos, quizás para compensar los propios complejos.

El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme.

El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan.

*Desprendimiento:
No busca su
propio interés.*

«No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (*Flp 2,4*).

Una cierta prioridad del amor a sí mismo sólo puede entenderse como una condición psicológica, en cuanto quien es incapaz de amarse a sí mismo encuentra dificultades para amar a los demás.

Pero el mismo santo Tomás de Aquino ha explicado que «pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado».

Por eso, el amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis, «sin esperar nada a cambio» (*Lc 6,35*), hasta llegar al amor más grande, que es «dar la vida» por los demás (*Jn 15,13*).

*Sin violencia
interior: No se
irrita.*

Se trata de una violencia interna, de una irritación no manifiesta que nos coloca a la defensiva ante los otros, como si fueran enemigos molestos que hay que evitar.

La indignación es sana cuando nos lleva a reaccionar ante una grave injusticia, pero es dañina cuando tiende a impregnar todas nuestras actitudes ante los otros.

El Evangelio invita más bien a mirar la viga en el propio ojo (cf. *Mt 7,5*).

Una cosa es sentir la fuerza de la agresividad que brota y otra es consentirla, dejar que se convierta en una actitud permanente

Por ello, nunca hay que terminar el día sin hacer las paces en la familia. Sólo un pequeño gesto, algo pequeño, y vuelve la armonía familiar.

La reacción interior ante una molestia que nos causen los demás debería ser ante todo bendecir en el corazón, desear el bien del otro, pedir a Dios que lo libere y lo sane.

*Perdón: No
lleva cuentas
del mal.*

Si permitimos que un mal sentimiento penetre en nuestras entrañas, dejamos lugar a ese rencor que se añeja en el corazón.

Quien «toma en cuenta el mal», «lo lleva anotado», es decir, es rencoroso.

Lo contrario es el perdón, un perdón que se fundamenta en una actitud positiva, que intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona.

La tendencia suele ser la de buscar más y más culpas, la de imaginar más y más maldad, la de suponer todo tipo de malas intenciones.

El problema es que a veces se le da a todo la misma gravedad, con el riesgo de volverse crueles ante cualquier error ajeno.

Se Fia
Es Compresivo Todo Disculpa Servicial
Perdona Es Desinteresado
Goza Todo Lo Soporta Es Paciente
Confia Espera Se Alegra

Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil.

La verdad es que la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio.

Tantas veces nuestros errores, o la mirada crítica de las personas que amamos, nos han llevado a perder el cariño hacia nosotros mismos.

Eso hace que terminemos guardándonos de los otros, escapando del afecto, llenándonos de temores en las relaciones interpersonales. Entonces, poder culpar a otros se convierte en un falso alivio.

Pero esto supone la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos. Entonces podremos amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros.

Alegrarse con los demás: No se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

No acepta actitud venenosa del que se alegra cuando ve que se le hace injusticia a alguien.

Se alegra con el bien del otro, cuando se reconoce su dignidad, cuando se valoran sus capacidades y sus buenas obras.

Eso es imposible para quien necesita estar siempre comparándose o compitiendo, incluso con el propio cónyuge.

Cuando una persona que ama puede hacer un bien a otro, o cuando ve que al otro le va bien en la vida, lo vive con alegría, y de ese modo da gloria a Dios, porque «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7).

La familia debe ser siempre el lugar donde alguien, que logra algo bueno en la vida, sabe que allí lo van a celebrar con él.

Disculpa todo

El elenco se completa con cuatro expresiones que hablan de una totalidad: «todo». Disculpa todo, cree todo, espera todo, soporta todo. De este modo, se remarca con fuerza el dinamismo contracultural del amor, capaz de hacerle frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo.

Disculpa todo puede significar «guardar silencio» sobre lo malo que puede haber en otra persona.

Implica limitar el juicio, contener la inclinación a lanzar una condena dura e implacable: «No condenéis y no seréis condenados» (*Lc 6,37*).

Detenerse a dañar la imagen del otro es un modo de reforzar la propia, de descargar los rencores y envidias sin importar el daño que causemos.

Muchas veces se olvida de que la difamación puede ser un gran pecado, una seria ofensa a Dios, cuando afecta gravemente la buena fama de los demás.



Los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge más allá de sus debilidades y errores. En todo caso, guardan silencio para no dañar su imagen.

Tampoco es la ingenuidad de quien pretende no ver las dificultades y los puntos débiles del otro.

Recuerda que esos defectos son sólo una parte, no son la totalidad del ser del otro. Un hecho desagradable en la relación no es la totalidad de esa relación.

Por la misma razón, no le exijo que su amor sea perfecto para valorarlo. Me ama como es y como puede, con sus límites, pero que su amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real.

Por eso, si le exijo demasiado, me lo hará saber de alguna manera, ya que no podrá ni aceptará jugar el papel de un ser divino ni estar al servicio de todas mis necesidades.

Confía: Todo lo cree.

Confía: Todo lo cree.

No se trata sólo de no sospechar que el otro esté mintiendo o engañando. Esa confianza básica reconoce la luz encendida por Dios, que se esconde detrás de la oscuridad, o la brasa que todavía arde debajo de las cenizas.

El amor confía, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar.

Permite que la relación se enriquezca y no se convierta en un círculo cerrado sin horizontes.

Al mismo tiempo, hace posible la sinceridad y la transparencia, porque cuando uno sabe que los demás confían en él y valoran la bondad básica de su ser, entonces sí se muestra tal cual es, sin ocultamientos.

Espera: Todo lo espera



Conectado con la palabra anterior, indica la espera de quien sabe que el otro puede cambiar.

Siempre espera que sea posible una maduración, un sorprendente brote de belleza, que las potencialidades más ocultas de su ser germinen algún día.

Implica aceptar que algunas cosas no sucedan como uno desea, sino que quizás Dios escriba derecho con las líneas torcidas de una persona.

Aquí se hace presente la esperanza en todo su sentido, porque incluye la certeza de una vida más allá de la muerte.

Allí, completamente transformada por la resurrección de Cristo, ya no existirán sus fragilidades, sus oscuridades ni sus patologías.

Eso también nos permite contemplar a esa persona con una mirada sobrenatural, y esperar esa plenitud que un día recibirá en el Reino celestial

Soporta todo.

El amor sobrelleva con espíritu positivo todas las contrariedades. Es mantenerse firme en medio de un ambiente hostil.

No consiste sólo en tolerar algunas cosas molestas, sino en algo más amplio: una resistencia dinámica y constante, capaz de superar cualquier desafío.

Es amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa.

Manifiesta una cuota de heroísmo tozudo, de potencia en contra de toda corriente negativa, una opción por el bien que nada puede derribar.

El ideal cristiano, y de modo particular en la familia, es amor a pesar de todo.

Por ejemplo, la actitud de personas que han debido separarse de su cónyuge para protegerse de la violencia física y, sin embargo, por la caridad conyugal que sabe ir más allá de los sentimientos, han sido capaces de procurar su bien, aunque sea a través de otros.

¿Dónde
encontrarnos?

Nuestra
WEB

- www.evangelizaciondigital.org

Twitter:

- @EvangDigital
- @PaterAgustin